



La batalla de Ucrania, una etapa crucial de la descolonización postsoviética

Carmen Claudín
Investigadora senior asociada,
CIDOB, Barcelona Centre for
International Affairs

El Kremlin no persigue la neutralidad militar de Ucrania, sino imposibilitar en todo su vecindario la persecución de un proyecto político que aspire a construir un Estado de Derecho, que respete el pluralismo y todas las demás libertades fundamentales. Como lo está demostrando la guerra criminal desatada por Putin contra los ucranianos; sentar un precedente como este es especialmente peligroso en un país como Ucrania, porque demostraría a los propios ciudadanos de Rusia que ser eslavo no predestina a no poder disfrutar de las ventajas de un sistema democrático. No nos confundamos, lo que teme Putin no es una Ucrania en la OTAN, sino una Ucrania democrática.

Desde la llegada de Vladímir Putin al poder, el Kremlin ha dado siempre por sentado el papel hegemónico de Rusia en el espacio postsoviético, así como la legitimidad incuestionable de sus intereses en la zona. Y uno de los *leitmotiv* de su larga lista de agravios frente a Occidente ha sido siempre el de acusarle de no querer reconocérselo. Esto explica que Moscú no se considera un poder emergente, sino una potencia mundial restaurada, estatus que le fue arrebatado (la "humillación") por culpa de los occidentales que se aprovecharon de su debilidad tras el colapso

del sistema soviético. Otro de los mantras del Kremlin, repetido a menudo en Occidente, es que las sucesivas ampliaciones de la OTAN han preocupado "lógicamente" a Rusia, que ve una amenaza militar llegar a sus fronteras. En este enfoque, la ampliación de la UE y, sobre todo, la de la OTAN, son presentadas como políticas de reclutamiento de los nuevos países miembros, políticas que demostrarían que Occidente no toma en consideración sus intereses de seguridad. La mentalidad colonial que aún arrastra el Kremlin no le permite concebir que son esas

sociedades las que han ido a llamar a la puerta de la UE y de la OTAN sin necesidad de que nadie las empuje en esa dirección.

Sin embargo, las ampliaciones no son argumento suficiente para demostrar como bien fundada la acusación del Kremlin de un Occidente amenazador. Desde el final del sistema bipolar, la Unión Europea y la OTAN han descrito a Rusia como socio estratégico, no como enemigo o rival. En los últimos veinte años, han diseñado diversas políticas para establecer relaciones de cooperación con Rusia. Es más, la preocupación de "no molestar a Rusia" ha dominado no solo las relaciones con Moscú, sino que ha condicionado negativamente las relaciones con los demás Estados postsoviéticos. De ahí que todos los conflictos con Rusia surgidos en estos últimos

La preocupación de "no molestar a Rusia" ha dominado no solo las relaciones con Moscú, sino que ha condicionado negativamente las relaciones con los demás Estados postsoviéticos.

son producto, en primera y última instancia, de la propia política del Kremlin que ha antagonizado a sus vecinos, engendrando sentimientos antirrusos.

Esto explica que el Kremlin nunca se declarará satisfecho con una revisión de la arquitectura de seguridad europea que no contemple el reconocimiento, suscrito jurídicamente, de su derecho de control de esa franja de territorio europeo que considera su "área de interés vital". En otras palabras, ningún Estado salido de las exrepúblicas soviéticas —formalmente independiente y soberano— puede en la práctica decidir libremente sus opciones geopolíticas; es decir, todos han de supeditar de hecho su soberanía a los intereses de Moscú. Eso es la igualdad que reclama el Kremlin en su trato con la UE y la OTAN, ya que se da por sentado que el llamado ahora "Occidente colectivo" no persigue tampoco otro objetivo que el de ampliar su zona de influencia a través de políticas promotoras de "cambio de régimen" hostiles a Rusia.

Pero es que, además, la narrativa del Kremlin se contradice a sí misma: las ampliaciones se produjeron entre 1999 y 2009, pero Putin y Lavrov repiten incansablemente que todo empezó en 2014 con el Euromaidán ucraniano... La amenaza, pues, no es la OTAN, es Ucrania y su

lucha por liberarse del dominio colonial de Rusia.

Para justificar su agresión contra Ucrania en 2014 —anexión ilegal de Crimea y ocupación de una parte del Donbás por intermedio de supuestos líderes locales— y en 2022, el Kremlin ha construido un argumentario de mentiras que alimenta el discurso dominante en Rusia y que repiten también demasiadas voces en Europa y en España. Este repertorio nos dice que: Maidán fue un golpe de Estado, dirigido por fuerzas fascistas y de extrema derecha; la minoría rusa/rusófona está en peligro, y sus derechos, en particular el uso de la lengua, están amenazados; que ucranianos y rusos son un mismo pueblo. Por eso la guerra, llamada eufemísticamente "operación militar especial", para no tener que rendir cuentas a los ciudadanos de Rusia, tiene que *desnazificar*, restablecer un Gobierno legítimo —entiéndase, leal a Moscú— y salvar a la minoría rusófona de Ucrania de la amenaza de genocidio.

Construcción propagandística

Pero los datos no le dan la razón a este constructo propagandístico. El cambio de régimen político (el supuesto golpe de Estado) ha sido refrendado por cuatro elecciones —presidenciales y parlamentarias en 2014 y 2019—, observadas y aprobadas por la OSCE. Dichos comicios han otorgado un apoyo claro

a diversas formaciones europeístas mientras los partidos prorrusos han podido presentarse libremente y ocupar escaños en el Parlamento, demostrando un pluralismo político totalmente ajeno a la realidad rusa bajo Putin. Por su parte, la extrema derecha sigue sin conseguir entrar en las instituciones y está ausente en el Parlamento, al no superar la barrera del 5% de los votos. No tiene, ni de lejos, la capacidad de influir en la política interna del país que detentan sus homólogos en España o Francia, por citar solo algunos ejemplos dentro de la Unión Europea. En cuanto a la política lingüística, un estudio de opinión pública del más prestigioso instituto de estudios sociológicos de Kyiv (Ilko Kucheriv Democratic Initiatives Foundation [DIF], septiembre 2020) muestra que la gran mayoría de los encuestados considera que el idioma ucraniano es un atributo importante de la independencia del país; la mayoría (66%) está de acuerdo en que el ruso se pueda usar libremente en la vida privada, pero que el único idioma estatal debería ser el ucraniano, mientras un 18% considera apropiado otorgar un estatus oficial al ruso en ciertas regiones y un 13% está seguro de que el ruso debería convertirse en lengua estatal en todo el territorio. La lengua rusa nunca estuvo en peligro, pero estaba sobredimensionada puesto que era la única lengua vehicular de la Unión Soviética. Entonces todos hablaban el ruso, pero era casi imposible encontrar a un ruso que hablara alguno de los idiomas de los pueblos hermanos en los que vivían.

Con todo, la percepción más claramente neocolonial anida en el argumento según el cual Ucrania,

El Kremlin nunca se declarará satisfecho con una revisión de la arquitectura de seguridad europea que no contemple el reconocimiento, suscrito jurídicamente, de su derecho de control de esa franja de territorio europeo que considera su "área de interés vital".



de hecho, es Rusia, y nunca ha existido como Estado porque “ucranianos y rusos son un mismo pueblo” que fuerzas hostiles, siempre externas, han intentado separar artificialmente con el objetivo último de debilitar a Rusia. Así pues, deberíamos considerar un mismo origen histórico (la Rus) a finales del siglo IX y la posterior pertenencia de Ucrania al Imperio Ruso como factores de legitimidad de las pretensiones del Kremlin respecto a sus dos vecinos eslavos, ya que el mismo razonamiento se aplicaría a Belarús. Esta visión esencialista ignora totalmente que lo que cuenta, tras siglos de desarrollo histórico, es lo que quieren los ciudadanos ucranianos ahora. Y en el presente que tanto disgusta a Putin, una gran mayoría de encuestados (72%, DIF, 19 agosto 2021, una cifra que, sin duda, habrá crecido tras la guerra) están bastante o muy orgullosos de la ciudadanía ucraniana que se compone, en términos de ascendencia, tanto de ucranianos como de rusos. Y son todos ellos los que ahora plantan cara a las tropas rusas a precio de sus vidas.

El desafío de la resistencia ucraniana con la que no contaba el

Kremlin, su incapacidad de gestionar la guerra en sus términos, representan claras amenazas —estas sí— para Putin. Si no enseguida, dentro de no mucho tiempo el presidente ruso va a tener que rendir cuentas. Porque, además de serios problemas económicos que el coste de la guerra solo agrava, Putin tiene en casa una bomba de relojería: su propia opinión pública. De momento, esta parece estar apoyándose en su aventura militar, pero lo hace sobre la base de lo que le explica la propaganda rusa transmitida por todos los medios de comunicación rusos; es decir, porque cree que no hay guerra. Pero por mucho que la desinformación cuenta con un aparato de propaganda poderosísimo que, de momento, mantiene aparentemente aletargado al grueso de la población, las noticias acaban saliendo a la luz. Y tendencias sociales de calado se manifiestan en otros ámbitos como, por ejemplo, la emigración que no ha dejado de crecer desde 2012, cuando Putin regresa a la presidencia. Según datos de la ONU (International Migration 2020 Highlights, 15 enero 2021), Rusia y México ocupan ambos el segundo lugar entre

los países productores de emigración con 11 millones (tras la India con 18 y antes que China con 10 y Siria con 8). En otra encuesta, uno de cada cinco rusos (22%) contesta afirmativamente a la pregunta de si quiere irse al extranjero para una residencia permanente y un 10% de los encuestados ha empezado los trámites para salir. Es la cifra más alta desde 2013. Más significativo aún, a la mayoría de los jóvenes le gustaría irse: la mitad de los encuestados (48%) tiene entre 18 y 24 años (LEVADA-Center, Emigration, 06.07.2021). Rusia es, pues, un país que pierde a un alto número de sus ciudadanos activos más jóvenes no porque les empuja el hambre o el desempleo, sino porque no soportan más el modelo de Estado en el que viven, aquello que precisamente los ucranianos han empezado a cambiar, y que convierte a Ucrania en una amenaza para el sistema ruso.

Esta lógica es la que ha llevado a la agresión militar contra Ucrania. El Kremlin no persigue la neutralidad militar de este país, sino imposibilitar en todo su vecindario la persecución de un proyecto político que aspire a construir un Estado de derecho, que respete el pluralismo y todas las demás libertades fundamentales. Como lo está demostrando la guerra criminal desatada por Putin contra los ucranianos, sentar un precedente como este es especialmente peligroso en un país como Ucrania, porque demostraría a los propios ciudadanos de Rusia que ser eslavo no predestina a no poder disfrutar de las ventajas de un sistema democrático. No nos confundamos, lo que teme Putin no es una Ucrania en la OTAN, sino una Ucrania democrática. **TEMAS**